

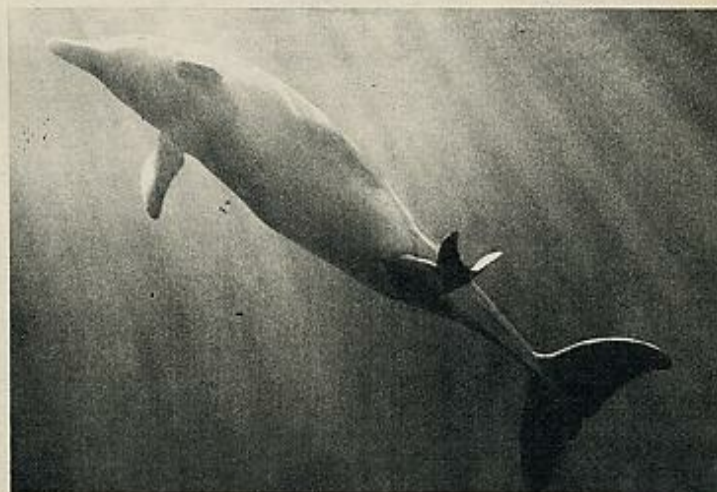
MAMA DELFIN



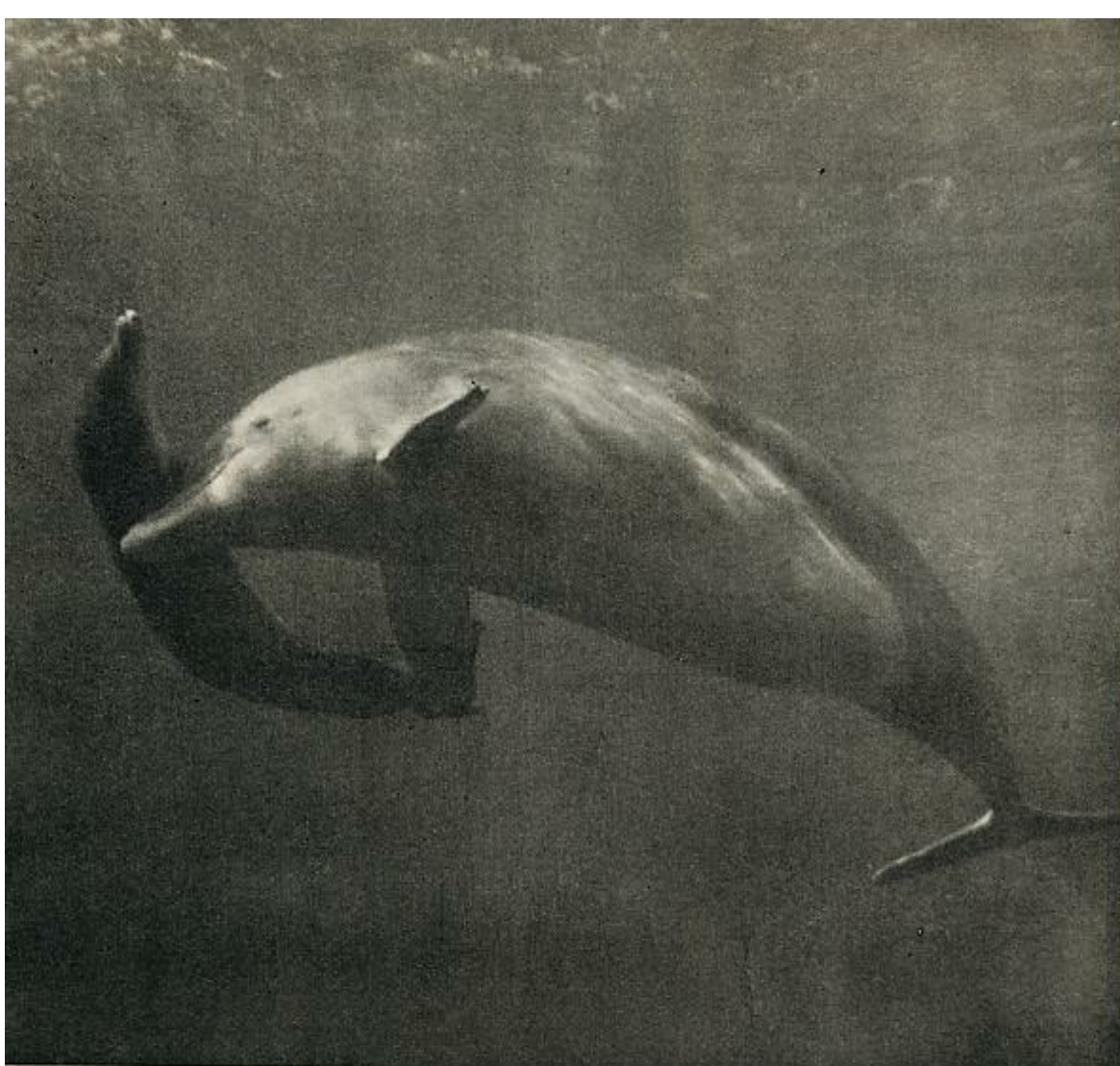
M

AMA Delfín se siente henchida de vida; es decir, creadora de vida. Y se prepara para cumplir la tremenda y jubilosa ley de multiplicar la especie. Nadando a través de las aguas azules y turbias del estanque en que fue recluida por los zoólogos para estudiar sus costumbres y comportamiento, Mamá Delfín ofrece una limpia y pura lección gratuita de lo que a menudo resulta tan difícil de ex-

SIGUE



Mamá delfín evoluciona por el estanque mientras se dispone al tremendo y jubiloso trance de multiplicar la especie. Ya no es ella sino también su proyección en la vida. Por nada del mundo equivocarías sus suaves movimientos. Peligraría su tierno retoño e incluso ella misma.



Finalmente, ahí está *Bebé Delfín*, ágil y jabonado, nadando junto a su madre, que se aproxima a él, lo toma con el hocico, como si lo besara. El estanque está lleno de maternidad. Se acarician, rozándose mutuamente. Terminó la jubilosa proeza vital.



plicar: la llegada de un nuevo ser. Nada hay aquí misterioso e indecible y todo adquiere el tierno carácter de lo que es natural y verdadero. La ciencia biológica desaparece y sólo queda el estremecimiento de la maternidad cumplida.

A la *Mamá Delfín* que presentamos en estas páginas, como reclusa que es de los sabios, se la conoce, a efectos de clasificación, con una palabra y un número: «Atlántica 22», y tiene su impuesta residencia en el acuario Marineland, de California. No es frecuente que los delfines hembras se muestren en la cautividad en el trance en que aparece aquí nuestra *Mamá Delfín*, porque parece que la falta de libertad condiciona tanto a los cetáceos como a los hombres; les llega a anular hasta su misma razón de ser, aunque en los cetáceos y otros animales el condicionamiento se acentúa hasta grados extremos y antibiológicos.

Mamá Delfín comienza, como si dijésemos, a desdoblarse. Ya no es ella, sino también su proyección en la vida. Su hijo comienza a brotarle. Por nada del mundo equivocaría sus movimientos; nada ni nadie la obligaría a cometer un error en su deslizarse entre las aguas. Peligraría su retoño y eso significaría un fracaso para la naturaleza que ella está dispuesta a evitar. Tiene, además, que superar los vicios del encastamiento y desdecirlos. La cautividad esteriliza, pero ella, en su plenitud vital, espera vencerla y al «no» antivital que la reclusión impone quiere anudarlo con una afirmación plétórica: la de su hijo vivo. Poco a poco va consiguiéndolo y, finalmente, ahí está «*Bebé Delfín*», ágil y jabonado, nadando junto a su madre. Esta se aproxima a él, lo toma con el hocico. Es como un beso o una caricia. Deja que el recién nacido le roce con su pequeño cuerpo... Terminó la gran proeza, la elemental función de crear la vida.

(Reportaje gráfico de IPI)

MAMA DELFIN



No es frecuente que los delfines puedan reproducirse en la cautividad que condiciona sus facultades biológicas. El caso que presentamos sucedió en California.